

# Hombre (humanismo-humanidad) Humanidades

Puesto, como estoy, a defender las Humanidades, doy por muy bienvenida la conexión aún verbal entre «Humanidades y Hombre».

No es tan sólo conexión verbal –palabrera. Lo es conceptual y real. Tanto el autor de este artículo, como su lector, y lectores –que me hago la ilusión serán muchos, aun los opositores a él– somos cada uno *Hombre* irremediablemente, ¿felizmente? Pero serlo y vivirmos como hombres no asegura ni es suficiente garantía de saber explícitamente qué es eso de ser Hombre.

Aunque estoy, dichosamente, jubilado como profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela, no estoy jubilado, ni puedo estarlo, de la vocación de filósofo. Me abstengo, pues, de reasumir el oficio de profesor, y para no caer en la tentación de explicar el tema como profesor que se proponga tratar del Hombre en cuanto a su *qué es* –de su esencia, y de su definición–, pondré en manos de un eminentísimo renacentista –Pico de la Mirándola– la declaración de lo que es el hombre –lo dijo él en latín clásico; aquí, en castellano:

Dijo Dios, el Creador, a Adán, al Hombre primero: «no te di, Adán, ni *un solo* lugar que sea el tuyo, ni *una sola* faz que sea la tuya, ni oficio alguno que sea *el peculiarmente tuyo*, a fin de que lugar, faz, oficio los escojas tú mismo, los adquieras y conserves según lo que, por tu propia decisión, desearas.

A los demás seres su naturaleza les está definida e impuesta por las leyes que les he prescrito.

A ti, te puse tu naturaleza en tus manos, para que, no forzado por ninguna clase de restricciones, a tu arbitrio la definas. Te coloqué en el centro del mundo a fin de que cómodamente puedas desde tal lugar ver todo lo que, al alrededor, hay en el mundo. No te hice ni celestial ni terreno, ni mortal ni inmortal. Para que tú mismo –cual alfarero libre y honorable artífice– te des a ti mismo la forma que quisieras.

Por decreto y concesión libérrima y amplísima de Creador, el hombre cada uno de nosotros nos podemos dar, *por libre decisión*, el *lugar*, *faz*, *oficio* que deseáramos.

Podemos, cada uno, colocarnos en lugar en el que, a nuestro arbitrio, ver todo lo que hay en el mundo.

Podemos, cada uno, hacernos celestial o terreno, mortal o inmortal; darnos, cada uno, la forma que queramos. *A nuestro arbitrio* –de alfareros y artífices, libres y honorables.

A nuestro arbitrio, a nuestro arbitrio, a nuestro arbitrio. A nuestra voluntad. *A nuestra libertad*.

Según la filosofía y teología clásicas ni lugar, ni faz, ni oficio, ni forma están en nuestras manos, en nuestra libertad. Todo está predeterminado por Dios o por la naturaleza –por el *qué es*.

Pero el Creador –Dios concebido por un renacentista: por un renacido o nacido a nuevo tipo de realidad por contraposición con el Dios predeterminante, predestinante, omnividente– es Creador infinitamente generoso, infinitamente liberal, que regala a su criatura libertad en todo: en cuanto lugar, faz, oficio, forma, definición.

Creador *liberal* de criatura libre. Libre, aun de ser criatura íntegra, absoluta, irremediable y continua de un Dios –a lo hebreo o medieval.

Hombre es, pues, *un ser libre de darse a sí mismo lugar*, *faz*, *oficio*, *forma*.

Darse *lugar*: se lo han dado ya o están dando en el mundo aviones, sondas cósmicas señalando centro del mundo o sistema de referencia que le convenga o elija.

Darse *faz*: la ingeniería genética actual acepta esta concesión divina de Creador infinitamente generoso: la acepta y la pone en práctica.

Darse *oficio*: desde el lunanauta hasta el de buzo; rayo láser; desde inventor de televisor, teléfono radio-telescopio... al

de usuario, de todos ellos: contemplador de filmes, oyente de música discográfica, computadoras.

Darse *forma*: terrena o celestial, mortal o inmortal, alfarero y artífice de sí mismo. A la forma –llamada y tenida por sustancial, esencial– cambiarla en la que uno quisiera. No ser ni necesariamente mortal en cuanto al cuerpo, ni necesariamente inmortal en cuanto al alma o espíritu.

Si Dios o un cierto dios o dioses hubiera creado al hombre confinándolo a un lugar –a esta natural tierra–, lo hubiese hecho esclavo de una sola *geografía*; como así lo estuvo haciendo por años y millones de años y tendría que estarlo por los siglos de los siglos. Diciendo «amén», ¡gracias Dios por los siglos de los siglos!

Si Dios, o un cierto tipo de dios... hubiera creado al hombre sometiéndolo a una sola clase de *faz*, de aspecto, quedara el hombre sometido a una sola *anatomía y fisiología*; tal cual, en efecto, lo estuvo por siglos y millones de ellos; y continuará siendo esclavo de ellas. En el mejor y más llevadero caso, el hombre hiciera de la necesidad virtud: justificando y consolándose de tal esclavitud con mitos, dogmas, teorías, teologías y teodiceas.

Si Dios, un cierto tipo de dios... hubiera creado al hombre definiéndolo, confinándolo, a una sola *forma* de vida corporal, o a una inmortal (tras la condenación a muerte corporal) o a una sola forma de vida celestial (futura) o terrenal (perecedera), habría tal Dios sometido al hombre a una sola *ontología natural*: a esencia y definición.

No fuera el hombre alfarero ontológico que modelara a su arbitrio (ocurrencias, inventos) su propia realidad –la realidad con que se halló siendo; a saber, con materia inamalgamable y con forma indeformable; con definición definitiva, definible, apta y propensa a *definiciones* filosóficas y dogmáticas. No fuera el hombre artífice, sino artesano de ollas, platos, vasijas, tallador de sílice, frotador de leños, gran trabajo para hacer luz, mientras el sol natural no alumbraba por decreto divino...

Hombre condenado a *geografía* a una sola geografía condenado a *anatomía y fisiología* a una sola; condenado a *jerarquía*, a jerarcas religiosos y fieles; condenado a una sola *ontología*.

El dios del Renacimiento –Dios re-nacido, reformado el nacido en auto de magnífica generosidad– creó un hombre *libre*, libertado de una geografía, de una fisiología de una jerarquía de una ontología. Libertado de... *para* que se hiciera él a sí mismo alfarero genial y artífice honrado por sus propias obras.

A ti, te puse tu naturaleza en tus manos, para que, no forzado por ninguna clase de restricciones, a tu arbitrio la definas. Te coloqué en el centro del mundo a fin de que cómodamente puedas desde tal lugar ver todo lo que, al derredor, hay en el mundo. No te hice ni celestial ni terreno, ni mortal ni inmortal. Para que tú mismo –cual alfarero libre y honorable artífice– te des a ti mismo la forma que quisieras.

Por decreto y concesión libérrima y amplísima de Creador, el hombre cada uno de nosotros nos podemos dar, *por libre decisión, el lugar, faz, oficio* que deseáramos.

Podemos, cada uno, colocarnos en lugar en el que, a nuestro arbitrio, ver todo lo que hay en el mundo.

Podemos, cada uno, hacernos celestial o terreno, mortal o inmortal; darnos, cada uno, la forma que queramos. *A nuestro arbitrio* –de alfareros y artífices, libres y honorables.

A nuestro arbitrio, a nuestro arbitrio, a nuestro arbitrio. A nuestra voluntad. *A nuestra libertad.*

Según la filosofía y teología clásicas ni lugar, ni faz, ni oficio, ni forma están en nuestras manos, en nuestra libertad. Todo está predeterminado por Dios o por la naturaleza –por el *qué es*.

Pero el Creador –Dios concebido por un renacentista; por un renacido o nacido a nuevo tipo de realidad por contraposición con el Dios predeterminante, predestinante, omnividente– es Creador infinitamente generoso, infinitamente liberal, que regala a su creatura libertad en todo: en cuanto lugar, faz, oficio, forma, definición.

Creador *liberal* de creatura libre. Libre, aun de ser creatura íntegra, absoluta, irremediable y continua de un Dios –a lo hebreo o medieval.

Hombre es, pues, *un ser libre de darse a sí mismo lugar, faz, oficio, forma.*

Darse *lugar*: se lo han dado ya o están dando en el mundo aviones, sondas cósmicas señalando centro del mundo o sistema de referencia que le convenga o elija.

Darse *faz*: la ingeniería genética actual acepta esta concesión divina de Creador infinitamente generoso: la acepta y la pone en práctica.

Darse *oficio*: desde el lunanauta hasta el de buzo; rayo láser; desde inventor de televisor, teléfono radio-telescopio... al

de usuario, de todos ellos: contemplador de filmes, oyente de música discográfica, computadoras.

Darse *forma*: terrena o celestial, mortal o inmortal, alfarero y artífice de sí mismo. A la forma –llamada y tenida por sustancial, esencial– cambiarla en la que uno quisiera. No ser ni necesariamente mortal en cuanto al cuerpo, ni necesariamente inmortal en cuanto al alma o espíritu.

Si Dios o un cierto dios o dioses hubiera creado al hombre confinándolo a un lugar –a esta natural tierra–. lo hubiese hecho esclavo de una sola *geografía*: como así lo estuvo haciendo por años y millones de años y tendría que estarlo por los siglos de los siglos. Diciendo «amén», ¡gracias Dios por los siglos de los siglos!

Si Dios, o un cierto tipo de dios... hubiera creado al hombre sometándolo a una sola clase de *faz*, de aspecto, quedara el hombre sometido a una sola *anatomía y fisiología*; tal cual, en efecto, lo estuvo por siglos y millones de ellos; y continuará siendo esclavo de ellas. En el mejor y más llevadero caso, el hombre hiciera de la necesidad virtud: justificando y consolándose de tal esclavitud con mitos, dogmas, teorías, teologías y teodiceas.

Si Dios, un cierto tipo de dios... hubiera creado al hombre definiéndolo, confinándolo, a una sola *forma* de vida corporal mortal, o a una inmortal (tras la condenación a muerte corporal) o a una sola forma de vida celestial (futura) o terrenal (perecedera), habría tal Dios sometido al hombre a una sola *ontología natural*: a esencia y definición.

No fuera el hombre alfarero ontológico que modelara a su arbitrio (ocurrencias, inventos) su propia realidad –la realidad con que se halló siendo; a saber, con materia inamalgamable y con forma indeformable; con definición definitiva, definible, apta y propensa a *definiciones* filosóficas y dogmáticas. No fuera el hombre artífice, sino artesano de ollas, platos, vasijas, tallador de sílice, frotador de leños, gran trabajo para hacer luz, mientras el sol natural no alumbraba por decreto divino...

Hombre condenado a *geografía* a una sola geografía condenado a *anatomía y fisiología* a una sola; condenado a *jerarquía*, a jerarcas religiosos y fieles; condenado a una sola *ontología*.

El dios del Renacimiento –Dios re-nacido, reformado el nacido en auto de magnificante generosidad– creó un hombre *libre*, libertado de una geografía, de una fisiología de una jerarquía de una ontología. Libertado de... *para* que se hiciera él a sí mismo alfarero genial y artífice honrado por sus propias obras.

Dios magnánimo, magnificente, munificente. No, Dios celoso, mandamás, Sátrapa, envidioso, cicatero

¿En qué consisten, pues, las humanidades? Sólo a partir del Renacimiento –del doble renacimiento el de Dios renacido a Creador *liberal*, *liberalísimo* y el Hombre renacido a alfarero y artífice genial de sí mismo– adquieren sentido real, y no solamente verbal, la palabra, concepto y empresa de Humanidades.

Caractericémoslas, pues.

Entra en «humanidades»: 1) todo lo natural; mas tratado como masa. Sea lo natural lengua natural restringida por anatomía y fisiología humana: sea lengua hebrea, griega, latina: se lo tratará, se lo reduce, a *masa*: a realidad amasable, en manos de genial y libre alfarero. A la lengua natural y a sus obras; Génesis, Teogonía, Iliada, Prometeo encadenado, Poética, Metafísica... se la y las trueca en *fósiles*. En Homero, Moisés, Platón, Aristóteles, Esquilo... las formas verbales, las «palabras», estaban siendo vividas por impregnadas de la fe, confianza, entrega a dioses, creídos reales: con intervenciones reales de ellos en el ámbito viviente humano de hombres naturales.

Las ediciones de «clásicos» (griegos, latinos...) del Renacimiento son *fósiles*. Conservan su estructura verbal, mas la rellenan de nuevo contenido vital. Es imposible vital, sinceramente, revivir los sentimientos con que los hebreos vivieron los acontecimientos y palabras que pasaron en el Monte Sinaí entre Elohim –Moisés– Aaron y Pueblo. Es imposible revivir lo que sentían los griegos oyendo o ejecutando en teatro «Prometeo encadenado, Edipo Rey, Antígona...»; o revivir lo que vivieron mss, Fedro, Gorgias, la Mantinea... al dialogar ellos entre ellos los diálogos vivientes «Banquete... Timeo...»; imposible revivir, vivir lo que sentían y veían eidoses, ideas, Platón, Aristóteles...

Las ediciones de los clásicos del Renacimiento son, pues, *fósiles* de las ediciones habladas, escritas... de las épocas anteriores. La *letra* es la misma; el contenido, diverso.

Fueron tales obras divinas, inspiradas, vivibles y vividas; pero ya no lo son. Peso el *haber sido* divinas e inspiradas es una calidad imperdible, eterna –si nos place darles tal calificativo. Calidad que no tienen los cuerpos inanimados.

Indíquelo, pues, sutilmente retocada la palabra «masa», en la de «fósil». Tales obras nacieron *vivientes*; renacieron *fósiles*.

Mas haber re-nacido *fósiles* fue acontecimiento, hazaña, de un *Hombre* creador de sí: de forma suya, de lugar suyo, de faz o aspecto suyo. Regalo todo ello de un Dios liberal, libérrimo.

Lo cual no quiere decir que tales regalos no encierren sus peligros. Serán peligros nuevos, a la par que bendiciones nuevas. Peligros del avión, jamás imaginables en la carroza de fuego de Elías, por Pegasos, en Faeton... Mas beneficios originales de avión: viajes por el cielo; y viajes de sondas cósmicas mas ally de los Siete Cielos.

Los regalos de tal Dios –puesto a serse munificente, magnánimo y magnificente– deben recordarnos a los actuales renacentistas tentados a declarar también *fósiles* a las obras del llamado, un poco convencionalmente, «renacimiento y renacentistas» –la sentencia y aviso de Virgilio:

... *Timeo danaos et dona ferentes*. «Hay que temer a los dánaos por aquel don» del Caballo de Troya: don de ellos a los dioses; y ampliando sentencia y aviso: hay que temer aún a Dioses y Dios que haga regalos. Temer y agradecer: emplear –al arbitrio, a voluntad racional libre– los beneficios del regalo; y ojos abiertos a sus posibles y probables maleficios.

Pero tanto beneficios como maleficios, ganancias y pérdidas, serán *nuevos, nuestros*.

2) Trocadas de esta manera las obras naturales en *fósiles* –estructura externa la misma, contenido vital diverso–, ¿cómo organizar tal contenido para que no degenera en mera masa, en materia informe?

El hombre renacentista –renacido a costa de los nacidos– ha de hacerse *artífice*, comenzando y *continuando* por inventar y servirse de *instrumentos*: Organos artificiales.

Lenguas artificiales son las renacentistas: lengua matemática: aritmética, algebraica, geométrica, lógica.

Respecto de ellas, sus homónimas griegas, latinas y hebreas son ya *fósiles*, en el mejor caso, aun en el de Euclides, Arquímedes. No se vuela por el cielo o los Cielos con carroza mágica de Elías o Henoch, o con alfombra mágica... sino con aviones, sondas cósmicas. No se perciben (aprecian) calor y frío, humedad y sequedad, lleno o vacío «a pulso, a tacto...» sino con termómetro, barómetro, hidrómetro... No se dice: «ser o no ser» sino «pvp»; ni «si de un antecedente se sigue un consecuente, de la negación del consecuente la del antecedente» sino  $(p - q) - (q - p)$ ; ni se dice: «cuadrado de la hipotenusa del triangulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los lados», sino  $a^2 + b^2 = e^2$ , según sistema de coordenadas que a su vez son líneas arbitrariamente trazadas, etc.

Los chispazos y líneas oscilantes que en ciertos aparatos

se ven –y los están viendo aún los especialistas– no son para el especialista lo que *él* ve; que lo mismo vieran perro o gato; sino curvas geométricas, grupos de radiaciones, estadísticamente regulados según cálculo de probabilidades. Esto es lo que *mira* el especialista; no es lo que *él* ve.

Lo que en la pantalla de un televisor el hombre corriente ve –encandilado, absorto, embobado– el especialista mira en ella radiaciones, electrones... regido todo por leyes matemáticas que *él* ha impuesto a la realidad natural –burda, confusa, vaga.

Lo que el hombre natural –y el especialista en lo que le ha quedado de natural– ve en tales pantallas es *novelería*. El especialista, el inventor, *mira las novedades*.

Se ha dado a sí mismo nuevos sentidos, o una nueva manera, bien real, de percibir la realidad; una realidad re-formada por él, a su arbitrio –que no es simple gana, veleidad; sino *libertad* regulada, creadora.

Pico de la Mirándola viera confirmada su «Oratio de Hominis dignitate».

El Creador liberal –libérrimo, gran Señor magnánimo, magnificente y munificente– advertía que el hombre ha tomado en firme el don, el gran don, de inventarse para sí mismo lugar, faz, oficio, forma. Notaría, complacido, que su creatura ha dejado de ser «creatura» –realidad en minoría de edad ontológica eterna e irremediable, feto invivible, más insubsistente que imágenes íntegramente imágenes.

Están, por tanto, en estado de «humanidades» lenguaje, física, electrónica, matemáticas, genética, astronomía actuales.

Empero el hombre actual es aún un híbrido de naturaleza y arte: hombre natural-y-hombre artificial.

El mejor especialista, el renacentista más avanzado –séalo en literatura, poesía, propaganda, fisiología, matemáticas, física... electrónica o informática... – es aún híbrido de naturaleza y arte, en que la dosis de natural –en lenguaje, anatomía y fisiología–, predomina en su vida ordinaria: en la mayoría de sus actos, en largos ratos, en oficios cual padre, madre, hermano, amigos, enemigos...

La dosis de artificial, de artífice de sí mismo, va creciendo desde el Renacimiento. Dé el lector una mirada a todo lo que le rodea y con que trabaja, y notará que de lo natural no quedan a lo más sino átomos, moléculas, electrones; y, en el campo de energías, predomina la eléctrica. Y, en el de lectura de palabra impresa, está el lector demostrando el predominio de lo artifi-

cial, sin mencionar esos aparatos o «procesadoras de palabras» tan de moda, casi siempre cosa de novelaría.

Nada de menospreciar «humanidades»; ni los literatos, poetas, músicos, pintores... menospreciar a los físicos, astrónomos, matemáticos, técnicos, ingenieros...; ni a la inversa: no menospreciar los físicos, los ingenieros a los literatos, poetas, músicos...

Desde el Renacimiento todos somos, tenemos que ser, estamos siendo, «humanistas»; y todo es «humanidades».

Que en los poetas predomina aún lo natural: que las dosis de lengua natural predomina sobre lengua re-formada por leyes que el hombre ha inventado y continúa inventando; y, al revés, que en la técnica predomina sobre lo natural lo artificial, lo creativo en actor cada vez más frecuentes, en ratos cada vez más largos, en oficios o cargos cada vez más especializados y absorbentes –en ninguno de tales casos se puede hablar de inhumanidad de unos y de humanismo en otros. Sino de un desplazamiento o dis-cronía, des-tiempo, en todos.

Y puesto que quien esto dice es filósofo de profesión y de vocación, no estaría fuera de lugar y tiempo el que termine este artículo aplicando la filosofía –cual si fuera el más destacado y sobresaliente ejemplo de «humanismo»– lo que anteriormente se ha dicho respecto de literatura, poesía... física... astronomía...

La filosofía fue natural en Parménides... Platón, Aristóteles. Lo fue totalmente, con pequeñas dosis de artificial, de invenciones de hombre creador. Lenguaje casi natural, faz o aspecto natural del filósofo; *un solo* lugar, privilegiado; *una sola* geografía; *una sola* anatomía-fisiología; *una sola* ontología; *una sola* antropología.

Desde el Renacimiento, tal filosofía *natural* desciende, degenera en *lósil*. Su cuerpo, llamémoslo así, su estructura se rellena, impregna –progresiva a inevitablemente– de las nuevas, renacidas física, matemáticas, astronomías técnicas... Y los filósofos renacentistas, re-nacidos, son los inventores de las nuevas, re-nacidas, física, matemáticas, lógica... Descartes, Pascal, Leibniz. Y las inoculan, insertan en todas las partes o miembros de la filosofía: lógica física, ética, metafísica.

Como éstas se hallan ya re-nacidas, en estado humanístico y son «humanidades», una obligación nuestra de los filósofos ha de consistir en inocularnos, impregnarnos progresivamente de las humanidades, de lo humano re-nacido, que, en

las ciencias y técnicas actuales. se encuentra ejemplarmente intrínseco y eficiente.

No olvidemos todos, autor y lector, la conexión entre *Hombre*, humanidad, humanismo y *humanidades*.

Nos queda a los ya inevitablemente profesores de filosofía y a los incurablemente filósofos de vocación el consuelo que, sin preocuparse de nosotros, Francisco de Miranda dejó escrito en su *Diario* (1788): «Ningún pueblo sin Filosofía y gran instrucción puede preservar su Libertad» (Archivos, vol. IV, p. 11).